



NUM. 18.

PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 5 DE MAYO DE 1867.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, AÑO XI. un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

REVISTA DE LA SEMANA.



Hay quien lo hace subir á cien mil. Esto prueba que el frío que se dejó sentir en los días que siguieron al acto inaugural va desapareciendo, á manera que desaparece el de la primavera y que principia el rubicundo Febo á hacer de las suyas. El jurado á cuyo cargo corre el exámen de los objetos espuestos y la distribución de los premios, se reúne en cien secciones, y trabaja sin levantar mano. Se asegura que nuestros representantes se baten bien, y lo celebramos, pues según noticias, allí cada ermitaño pide para su ermita, y aun algunos todos lo quisieran acaparar para la suya. Dicho jurado ha concedido primeras medallas á los pintores siguientes: Rosales, español; Breton, Pils; Fromentin y Millet, franceses; Horschelt, bávaro; Stevens, belga; Robert Fleury, Bida Francais y Daubigny, franceses; Matejcko, austriaco;

Villems, belga; Calderon, inglés; y Piloti, italiano. Los agraciados lo han sido en el órden que dejamos dicho. Añádese, que en los minerales, en los vinos, en los tabacos, en los trigos, en la parte de maquinaria y en productos químicos, tendremos bastantes premios; quiera Dios que el futuro se convierta en pretérito perfecto, para que el pabellon de España que de en buen lugar.

Para allá habrán salido de la ciudad del Cid, las muchachas que durante la Esposicion escanciarán en la horchateria valenciana la refrigerante y gustosa bebida que se prepara con chufas. Siendo valencianas, escogidas entre la flor y nata de la juventud femenina y ataviadas con los pintorescos trajes de su tierra, figúrense ustedes si lloverán parroquianos.

El teatro internacional, de cabida de unos 1,200 espectadores, se inaugurará en breve, así como los demás espectáculos del Campo de Marte. En el pabellon egipcio se muestran ya los planos del Istmo de Suez, trabajo que ha de inmortalizar el nombre de monsieur Lesseps, que ha consumido en tan colosal empresa gran parte de su vida.

El emperador, que, entre paréntesis, cumplió el 20 de Abril último 59 años de edad, piensa dar magníficas fiestas en las Tullerías y en algunos Ministerios en obsequio de los extranjeros mas notables que concurran á la Esposicion.

Finalmente, con motivo tambien del concurso, *La union de los poetas*, sociedad de este nombre conocida en el vecino imperio, invita á todos los franceses y á todos los extranjeros que cultivan el trato de las Musas á un banquete fraternal que ha de celebrarse en el corriente mes en la fonda del Havre en París. La *Union* ha debido principiar por esplicarnos lo que entiende por poeta; pues si acuden al reclamo todos aquellos que se dan ó reciben ese título, no en la fonda del Havre, en el mismo campo de Marte estarian como sardinas en banasta. Hay una abundancia de vates que aterra.

La coalicion de los oficiales de sastre ha vencido, logrando que se les aumenten los jornales en un 10 por 100. La aguja triunfa en toda la línea. Los maestros andaban reacios en ceder, y en verdad no sabemos por qué; en último resultado, el público será el pagano; con que suban el precio de las hechuras, están al fin de la calle. La cuestion esta ofrece puntos de contacto (ó sean pespuntos) con la de los caseros, que se

hacen las víctimas propiciatorias, olvidando que el cordero es el inquilino.

En el bolsin de París subió noches pasadas el 3 por 100 por haber corrido el rumor de que los prusianos evacuarían el Luxemburgo; un telegrama de Viena ha anunciado tambien que en las regiones oficiales de Austria se recibieron noticias de que Francia aceptaba y Prusia, aunque esta con algunas reservas, la idea de la conferencia propuesta para el arreglo del asendereado asunto, bajo la base de la neutralizacion. Por donde se ve que el horizonte de la política de las dos naciones mas inmediatamente interesadas, se ha despejado un poco, y que si no soplan vientos contrarios, la aurora de la paz, como diria un clásico, abrirá con sus dedos rosados la puerta por donde asoma en los días claros el padre del día.

De las repúblicas del Pacífico no podemos decir mas, sino que por lo que vemos en los periódicos de esta córte, las conferencias propuestas por los Estados-Unidos para acordar los preliminares de la paz con España, habian sido, al parecer, aplazadas indefinidamente.

Se ha fijado el precio de venta de la América rusa á los Estados-Unidos, en la cantidad de 7.200,000 duros en oro, según el art. 5.º del tratado.

El telescopio construido por Mr. Grubb, de Dublin, con destino á Melbourne (Australia), tiene 177 centímetros de diámetro, y pesa 10,000 kilogramos. Es un instrumento óptico de incalculable alcance, con el cual la ciencia puede explorar algo de lo que hasta ahora se ha escondido en la inmensidad del espacio á las miradas de los mortales. Seis millones de francos habia costado el telescopio con que Herschell estudió las nebulosas, y se necesitan seis hombres para manejarlo; con que si el de Grubb es mas perfecto y de mayores dimensiones, no tardaremos en tener noticias curiosas de la luna y otros cuerpos celestes.

La duracion media de la vida en Francia era á principios de este siglo treinta y un años y medio; en 1864, de treinta y siete años y medio; á este paso vamos á ser inmortales, á pesar de lo que se clama contra el estado de las costumbres públicas y privadas, y de lo que se pondera la degeneracion de la raza humana. Hace muchos siglos que ya se decia lo mismo: si no nos creen los señores pesimistas, no tienen mas que leer á Aristófanes y á Juvenal, y si aun dudan, abrir las Sagradas Escrituras.

En el pueblo de Torreveja (Alicante), ha habido un nuevo terremoto en la noche del 25 de abril, ocasionando los sustos consiguientes. Los vecinos tuvieron que abandonar sus casas cuando gozaban del sueño, y albergarse en las chozas y viviendas provisionales que aun se conservan desde los últimos terremotos. Por fortuna, no han ocurrido desgracias personales.

Ya se conoce parte del programa de las fiestas del Centenario de la Virgen, en Valencia. Durarán nueve días, y en ellos habrá procesiones, cabalgatas, apertura de escuelas de instruccion, funciones de iglesia, revistas militares, certámen poético, conciertos, bailes y corridas de toros, contribuyendo al mayor lucimiento y animacion en la parte que á cada cual corresponda, el cabildo de la catedral y el clero de las parroquias, el ayuntamiento y diputaciones de los pueblos de la provincia, los asilados de los establecimientos de beneficencia, los gremios y cofradías, las juntas de fábrica y otras corporaciones y sociedades.

El número de poesías presentadas para los juegos florales de Barcelona asciende á 335, señal del creciente movimiento literario que se observa en Cataluña, donde, por lo visto, no domina la idea equivocada de que el espíritu mercantil contraría y sofoca las aspiraciones de la mas noble parte del hombre.

Parece que ascienden á 46 obras las propuestas por la Academia de San Fernando para que sean adquiridas por el Estado. De estas obras 5 pertenecen á escultura, y no se hallan comprendidas en el informe las enviadas á la Esposicion de París, cuya adquisicion podrá hacer el gobierno.

Hemos recibido el cuadro de la estadística médica de la provincia de Madrid, formado por una comision especial de la Junta provincial de Sanidad, é impreso por cuenta del vocal secretario de la misma don José Rodriguez Benavides, cuyo trabajo merece elogios por la conciencia y exactitud con que está hecho.

En la mañana del 29 de abril se celebraron en la iglesia de religiosas Trinitarias de esta corte, donde reposan las cenizas de Miguel de Cervantes, las solemnes exequias que la Academia Española consagra á la memoria de los españoles ilustres que dedicaron su vida al cultivo de las letras, y con especialidad al príncipe de los ingenios de nuestra patria. El templo estaba lujosamente decorado, la concurrencia fue numerosa y lucida, y el orador, señor don Cayetano Fernandez, pronunció un discurso elocuentísimo, segun hemos oido decir á algunas personas que presenciaron el acto, pues nosotros tuvimos el sentimiento de no poder acudir, correspondiendo como hubiéramos deseado á la fina invitacion de la Academia Española. Y á propósito, nos ocurre una idea que quisiéramos ver planteada, y que de seguro estará en el ánimo de todos los escritores: ¿no seria oportuno y conveniente dar mayores proporciones á esta solemnidad, celebrándola en otro local mas espacioso, por ejemplo, en San Isidro ó en San Francisco el Grande, hoy que el pueblo necesita como nunca, el espectáculo de todo aquello que eleva el corazon y el espíritu, robusteciendo y avivando el entusiasmo por las glorias nacionales?

Por la revista y la parte no firmada de este número,

VENTURA RUIZ AGUILERA.

ESPOSICION UNIVERSAL DE 1867.

Saben nuestros lectores que la Esposicion universal de París (la 4.^a de las internacionales verificadas en el presente siglo), se inauguró el día 1.^o del pasado abril, y saben tambien que el acto se limitó á la visita del emperador, la emperatriz, altos dignatarios del Estado, diputaciones de los paises concurrentes, personajes del cuerpo diplomático, y otros invitados al efecto. El emperador, deteniéndose en una de las galerías mas bellas, frente al Jardín central, manifestó en breves palabras que la Esposicion quedaba abierta, despues de lo cual recorrió el Palacio, dirigiendo de paso frases afectuosas á muchos de los representantes extranjeros. Nada de pompa, nada de aparato, nada de ese entusiasmo eléctrico que inflama los corazones, en actos de tamaña trascendencia, que anunciase, fuera de lo indicado, que en aquel momento acababa de realizarse una de las empresas mas portentosas de nuestro siglo, que en este punto deja muy atrás á todo cuanto el mundo vió durante los tiempos antiguos y la Edad Media, á todo cuanto la historia nos habla de Tyro y Cartago, de Grecia y de Roma, emporios de la riqueza y la actividad humanas en aquellas remotas edades. La inauguracion oficial pareció, pues, que no correspondia á la importancia del asunto; faltaron allí, cuando menos, la poesia y la música, estos dos heraldos inmortales de las grandes cosas, que hubieran consagrado con sus himnos y dado el tono y el calor suficientes al espectáculo, evitando esa especie de desencanto y frialdad que le siguieron, y que celebraremos no influya desfavorablemente en el ánimo

de muchos de los que se preparaban á visitar la capital de Francia. La Esposicion, ó debió aplazarse, lo cual habria sido peor, ó debió prepararse anticipadamente; y no se diga que no ha habido tiempo para arreglar el local y los objetos que han de ocuparlo, pues el concurso fue anunciado por un decreto imperial de 22 de junio de 1863, acordándose por de pronto, poco despues, en lo que respecta á los fondos para las construcciones, que el Estado y la villa de París suministrarían como garantía una subvencion de 12 millones, pidiéndose á la suscripcion pública un capital suplementario de otros 8 millones. Si aquí hubiera sucedido esto, se hubiera dicho: ¡cosas de españoles!

Mucho pudiéramos añadir á lo espresado sobre el particular, pero nos concretaremos al objeto principal de este artículo, que es dar una idea clara, breve y sencilla del conjunto de la Esposicion, evitando, en lo posible, descender á pormenores que habrian de repetirse al publicar nuestros grabados.

El teatro elegido para la Esposicion, fue el Campo de Marte, de superficie de 51 hectáreas, de las cuales ocupa 14 el Palacio, ó sean 146,600 metros. La forma del Palacio (construido de mampostería y hierro), parece elíptica, y consta de circunvalaciones ó anillos concéntricos, en número de nueve, que constituyen otras tantas galerías; pero cuidadosamente examinada, resulta que es un rectángulo prolongado por dos semicírculos en dos de sus fases.

Las dificultades, al parecer insuperables, que ofrecia la disposicion del terreno, suponía, para vencerlas, trabajos hercúleos. Y en efecto, á manera que se aproximaba el día de la inauguracion, el Campo de Marte presentaba mayor animacion. Infinidad de brazos y de máquinas se emplearon día y noche en hacer desmontes, nivelaciones, terraplenes, edificios, etc., presentando aquel conjunto una imágen viva de lo que debió acontecer al construirse la torre de Babel, escala por donde la humanidad soñó sin duda que podria asaltar el cielo; concurriendo ahora, para mayor semejanza, segun hemos dicho ya en algun número de El Museo, representantes de las principales razas y pueblos de la tierra, desde los mas incultos á los mas civilizados, con sus pintorescos trajes, y hablando los mas conocidos como los mas extraños idiomas.

Del centro del Palacio, vasto depósito de las artes y la industria, parten 16 calles provistas de grandes ventiladores para renovar la atmósfera, que, de otro modo, no hubiera podido respirarse con la aglomeracion de gente y con los calores del verano, ya próximo.

La Esposicion, además del Palacio, consta de tres partes; el Parque, el Jardín, y la Isla de Billancourt, á las cuales conducen diferentes vias, pudiendo llegarse á ellas por ferro-carril, por el Sena ó en carruaje. El Parque rodea al Palacio, y comprende en su recinto multitud de construcciones que, generalmente, llevan el sello de las distintas nacionalidades á que pertenecen, y donde ha de ser espuesto lo que no ha cabido en el Palacio, que no es poco. El Jardín de horticultura, situado en el mismo Parque, se halla destinado, segun lo indica su nombre, á todo lo que aquel ramo pertenece, desde los instrumentos á los productos del suelo. La Isla es el sitio elegido para las aplicaciones industriales y agrícolas, escuela práctica donde el hombre estudioso puede ver funcionar las máquinas y aparatos, y convencerse por sí mismo de la utilidad de los inventos y de las mejoras introducidas en lo ya conocido.

Las naciones que han acudido al llamamiento de Francia, son: la Gran Bretaña, Prusia, Austria, la Alemania del Sur y la del Norte, Bélgica, Italia, los Estados-Unidos del Norte de América, Rusia, Suiza, los Paises-Bajos, Suecia y Noruega, el Brasil, las repúblicas hispano-americanas, España, Turquía, Marruecos, Túnez, China, el Japon, Siam, Dinamarca, Persia, Portugal, Grecia, Roma, los Principados Danubianos, Egipto, Liou-Kiou y Harvaí.

A España se le ha señalado, como ya manifestamos en uno de nuestros números anteriores, un espacio exíguo, para instalarse en él. Siendo, como es, la 4.^a nacion de Europa en territorio, sin contar con sus colonias, y la 6.^a en poblacion, ocupa el 11.^o lugar, prueba inequívoca de una falta inexplicable de equidad, ó de una ignorancia completa de sus condiciones; pero á bien que no es únicamente esto lo que debemos deplorar: en la composicion del Jurado sólo Bélgica, por ejemplo, tiene 25 con 4 veces menos habitantes, teniendo España 17 veces mas territorio que Bélgica y Holanda juntas. Nunca nos habíamos hecho nosotros la ilusion de esperar otra cosa, tratándose de España. Lo hecho, hecho quedará; pero nos complacimos en extremo ver que nuestros representantes formulaban y consignaban, no una protesta, que ya es tarde, sino una simple manifestacion estadística que demostrase con la lógica de los números la desigualdad injusta que ha habido en el reparto de espacio en que esponer los objetos remitidos, ó al menos aquellos á que habia derecho, con arreglo á su importancia y á su número.

Leemos en un periódico francés, que la distribucion se ha efectuado con arreglo á las necesidades de cada

pais, y por lo visto son tantas las del suyo, que algun malicioso le ha aplicado aquello de: yo me soy el rey palomo, yo me lo guiso, yo me lo como.

La comision imperial clasificó los objetos, dividiéndolos en categorías y grupos, relativas aquellas á los productos similares, y éstos á las diferentes nacionalidades. Segun los datos oficiales, no muy exactos en verdad, los productos forman los grupos siguientes: 1.^o Obras de arte.—2.^o Material y aplicacion de ellas.—3.^o Habitaciones.—4.^o Vestidos.—5.^o Productos de las materias extractivas vírgenes.—6.^o Instrumentos y métodos de elaboracion.—7.^o Alimentos.—8.^o Productos vivos y muestras de establecimientos agrícolas.—9.^o Lo referente á los sistemas hortícolas.—10 Lo respectivo á mejoras de la condicion física y moral de las poblaciones.

La disposicion arquitectónica del Palacio está lejos de satisfacer las exigencias artísticas; pero si se consideran los inconvenientes que el terreno ofrecia, y otros que seria largo enumerar, no puede negarse que se ha sacado bastante partido, conciliando hasta el punto que era dado lo bello con lo útil, pues segun hemos indicado ya, en él se agrupan todos los productos similares de una industria dada, procedentes de naciones distintas, para examinarlos en conjunto, al paso que los que pertenecen á cada pueblo en particular, pueden ser estudiados tambien separadamente. El todo es digno de un pueblo de los mas adelantados, como es Francia.

Palacios, parques, buques, altos hornos, paseos, bombas, laboratorios, almacenes, máquinas, puentes, maravillas del arte, *aquarium*, docks, pabellones, jardines, chalets, kioskos, molinos, templos, alquerías, dioramas, productos metalúrgicos, estatuas, cuadros, mezquitas, lecherías, baños, establos, faros, estufas para plantas, casinos, teatros, prensas, locomotoras, cafés, lagos, todo lo mas bello, lo mas rico, y extraordinario que pudiera verse en el recinto de algunas ciudades populosas, ha brotado, como al contacto de una vara mágica, en el campo de Marte, antiguo campo de maniobras militares, en donde ahora no se escucha otro ruido que el de los instrumentos del trabajo y de la paz, y el paso de la concurrencia de los sabios, de los artistas, de los industriales y de los curiosos que acuden de los pueblos mas distantes á admirar los progresos del siglo, para hacer en seguida las aplicaciones convenientes á sus respectivas necesidades. Ciertamente es, que, en el día, el telégrafo, los progresos de navegacion y la rapidez, la facilidad y la baratura de los trasportes por medio de las vías-ferreas, hacen que los beneficios de cada invento sean prontamente conocidos por todo el mundo, lo cual ha dado motivo para que algunos escritores traten de rebajar la importancia de estos concursos; pero sin que entremos á discutir lo que haya de verdadero ó de paródico en semejante apreciacion, ¿quién negaria seriamente lo útil de las exposiciones internacionales, para estrechar los lazos de fraternidad y de sociabilidad que necesariamente ha de establecer el contacto mas inmediato, mas íntimo entre individuos procedentes de tan distintos puntos y pueblos de la tierra? Pocos deberán alegrarse mas que el nuestro de la celebracion de estos concursos: aislado, por su situacion geográfica y por su modo de ser, del resto del globo, fuera de aquellas épocas en que por la fuerza de los acontecimientos dió solemnes muestras de su existencia y de su poder, llegando hasta acariciar alguno de sus monarcas el sueño del imperio universal, necesita participar del movimiento y de las aspiraciones de la época, acudiendo á presentar á los extraños su fé de vida, que no otra cosa vienen á ser los productos del suelo y de la inteligencia que cada pais exhibe en estas solemnidades grandiosas, é invitando á aquellos, cuando sus circunstancias lo permitan, para que los que no lo conocen, los que lo conocen mal, y los que aparentan no conocerlo, sepan, que si ha perdido parte de su poder, el fondo de su gran carácter y de su ideal es el mismo de siempre, sobre todo tratándose de sus relaciones exteriores, ya que desgraciadamente sus hijos sean los primeros á rebajarlo entre sí cuando el no los oye.

Cumpliendo lo ofrecido, hoy principiamos á publicar grabados de la Esposicion Universal, representando los del número de este día varios palacios ó pabellones, á que han de seguir los de todo aquello que dé mas digna idea de tan memorable acontecimiento.

S.

PABELLON DE ESPAÑA.

La opinion de que el edificio levantado para España y sus colonias en el Campo de Marte, se lleva la palma entre todos los de las demás naciones por su mérito artístico, es unánime. Existe en Salamanca, al fin de la calle del Prior, no lejos del ameno campo de San Francisco, un palacio (el de Monterrey) que es la admiracion de propios y extraños, por lo severo, lo noble y lo elegante de su arquitectura. Reproducido este palacio, segun se ve en el presente número, con las variaciones oportunas que su uso en la Esposicion exige, por el distinguido arquitecto señor Gándara, da una idea de la

grandeza y del poder de España en aquellos tiempos en que el sol nunca se ponía en sus dominios, y del grado de esplendor que entonces alcanzaban las artes, comparable sólo con el que hicieron de nuestra literatura, la primera del mundo. Un cuerpo central, dos torres á los lados, un piso primero, una nave con airoas arcadas, y una bellísima azotea, constituyen la parte principal del palacio, hermoseado todo él con columnas, candelabros, capiteles y multitud de primorosos detalles que hacen se le considere como un modelo digno de estudio y repetida contemplación.

CASA DE PORTUGAL.

El señor Rampin-Mayor es el arquitecto que ha dirigido este precioso monumento, que presenta digno hospedaje á los objetos que envía á la Exposición el reino lusitano y sus colonias, y que responde también, como el de España, á su arte nacional, representando lo que desde tiempo há se llama estilo *manualesco*, calificación derivada del nombre de uno de sus príncipes, que desde fines del siglo XV y la primera veintena del XVI, tanto contribuyó con su genio, en el interior y en el exterior, á la grandeza de Portugal, cuyo renacimiento literario, artístico, militar y político, tuvo lugar en su memorable reinado. En el presente número publicamos una vista del pabellón que es objeto de estas líneas.

PALACIO DEL BEY DE TUNEZ.

Este Palacio, situado en el ángulo derecho del Parque, es una reproducción del que, con el nombre del Bardo, existe en aquella ciudad. Es una construcción de estilo oriental, en que se admiran la delicadeza y la gracia que distinguen al arte árabe. A los lados de la escalinata de mármol que precede al elegante peristilo sostenido por esbeltas columnas, hay colocados seis leones. Una vez dentro del edificio créese el espectador en pleno Oriente; tal es la impresión que producen las galerías, las fuentes, los salones, el ventanaje, el museo, el café árabe, la barbería, los bazares, los azulejos, los techos, los rosetones, produciendo todo este conjunto de objetos, de luces, de colores y de adornos de gusto original, una impresión parecida á la que se experimenta recorriendo los mágicos salones de la Alhambra.

LA CASA DE GUSTAVO WASA.

Alzase también en el Parque, no á mucha distancia de la Izba, la casa de Gustavo Wasa, célebre en los fastos de Suecia, donde justamente se ama su memoria como uno de sus héroes más populares; así como es objeto de la maldición universal en aquel país, el nombre del tirano Cristian II, que persiguió al héroe de la independencia, guerrero, escritor y poeta, con un encarnizamiento de que hay pocos ejemplos en la Historia. Huyendo de una de estas sañudas persecuciones, Gustavo, cuya cabeza estaba pregonada, pudo salvarse en Fhalun, población de mineros, escondiéndose en la casa, cuyo grabado es adjunto, y desde la cual dió el grito de independencia, siendo aclamado como jefe por sus altas virtudes civiles y militares. La casa que el infortunado príncipe habitó en Fhalun, es sencillísima, consistiendo, como la Izba rusa, en vigas ó maderos cubiertos de tablas cortadas en forma de escamas de pescados. Pero si su importancia arquitectónica no es grande, lo es mucho su significación histórica, y tiene la suficiente para despertar en los corazones, nobilísimos sentimientos.

IZBA.—CASA RUSA.

La izba rusa, de que damos hoy un grabado, es un gracioso y elegante edificio compuesto de dos casas unidas por medio de una especie de cobertizo, y cuya forma se aproxima á la de las barracas valencianas, diferenciándose de ellas principalmente en la ornamentación, como las construcciones rústicas se diferencian de las urbanas. Adornan la parte superior de las puertas varias esculturas; en los balcones se ostentan bellas columnitas, y en su puntiagudo techo se ven dos cabezas de caballo. Píntanse generalmente las izbas de varios colores, y frescas macetas de flores suelen embellecer los balcones; pero el estado actual de los trabajos de la Exposición no permite dar hoy más detalles que los que contienen estas líneas.

ESTUDIO COMPARATIVO

DE LOS PRINCIPALES HISTORIADORES GRIEGOS Y ROMANOS

(CONCLUSION.)

Aun ha sido mayor la divergencia de pareceres desde el último siglo respecto á Tácito. Había desatado

este historiador las trabas que tenían aprisionada su lengua, cuando el genio romano tocaba á los límites de su gloriosa vida; después de él no hubo Cicerones ni Quintilianos que supiesen apreciar detallada y rectamente las obras del ingenio humano, y los que se sentían con entusiasmo por las letras solo dejaron de pasada consignadas algunas de las impresiones que les causaba la lectura de los antiguos clásicos. Pero todavía á Tácito le tocó ser admirado por dos hombres de gusto de aquella generación que vivió en la que se ha llamado edad de plata de la literatura latina: Plinio el joven era admirador y compañero de las tareas de Tácito, y en varias de sus epístolas ha dejado tiernas manifestaciones del cariño que le profesaba; él aseguró también que las historias de Tácito serían inmortales y él le aplicó aquella expresión que se había hecho proverbial en Tucídides, lo grandioso (*σπουδόν*) de su estilo: Quintiliano, al concluir de nombrar los historiadores latinos que hasta entonces habían florecido, elogió altamente á otro contemporáneo suyo, á quien llama *hombre digno de la memoria de los siglos, que tenía amantes, pero no imitadores, porque le perjudicaba su libertad, aunque retenido en sus palabras, y cuyos escritos estaban llenos de extraordinario brio y atrevidos pensamientos*; no pronuncia su nombre Quintiliano, pero el retrato es tan fidedigno, los rasgos de su fisonomía tan característicos, que nadie puede desconocer en ellos al pintor elocuente del despotismo de los primeros Césares. A la sombra de otros Emperadores que se complacían en apartarse de la conducta de los Tiberios, de los Calígulas y de todos los demás tipos de la demencia y del vicio que habían encontrado en la pluma de Tácito una sanción tan enérgica, si pudiera serlo, como monstruosa había sido su dominación, pudo extenderse la fama del historiador, y merced á la vanidad de otro Príncipe que buscaba noble prosapia en el valor inestimable é intransmisible del genio de Tácito, se multiplicaron las copias de sus escritos; y llegaron íntegras sus obras hasta el tiempo de San Gerónimo, después del cual, aunque es citado por varios historiadores, no fué buscado con afán hasta los tiempos modernos: nuestro Orosio le consulta y le cita, cita también Casiodoro y Jornandes, y Sidonio Apolinario en el Panegirico á Antemio admira la pompa de Tácito, *de quien nunca se debe hablar sin elogio* (52).

Desde la renovación de los estudios clásicos no le han faltado ya grandes admiradores: apenas empezó la imprenta á difundir la luz de las inteligencias entre los hombres, se hizo por uno de los editores de Tácito un juicio digno de sus cualidades: Puteolano (53) le cree muy exacto en la averiguación y determinación de los hechos, verídico hasta en los pormenores, hábil en el plan, profundo investigador de las causas de los sucesos, de la importancia y cualidades de éstos, del carácter de los personajes y los móviles secretos del sentimiento, admirable en su concisión y de una elocuencia parecida á la de Salustio en sus arengas, y cuya lectura descubre más atractivos cuanto es más repetida (54). Casaubon (55) casi se atreve á poner á Tácito al frente de todos los historiadores por su género especial de elocuencia, grave, concisa y sentenciosa. Justo Lipsio calcula el talento de los lectores por su facilidad para comprender los profundos pensamientos encerrados bajo la expresión de cada sentencia de Tácito, puesto que observa que *asi como no todos los perros huelen la caza, no todos los lectores saborean tampoco el estilo de este historiador*. En el mismo siglo se habían emitido contrarios pareceres sobre el mérito de los escritos de Tácito; su oscuridad era para Alciato más espesa que la del italiano, hoy ya olvidado, Paulo Jovio; su aspereza para Raimundo Lulio mayor que la de Justino; Emilio Ferrato le negaba la pureza del idioma latino; otros se encarnizaban contra el desprecio y la falta de datos con que había hablado de los Judíos y de los Cristianos. A todas estas exajeradas acusaciones se encargaron de contestar amplia y sólidamente Mureto en sus Oraciones pronunciadas en Roma en 1580, Cristiano Crollio en el Prefacio de la edición bipontina de Tácito, en 1792, y otros laboriosos literatos, logrando extirpar los errores nacidos de la ignorancia y de la pereza. Pero entre tanto se había llegado á una época en que las obras de Tácito eran leídas, no solo por sus dotes literarias, sino para encontrar en sus pensamientos un apoyo á los deseos ardientes del corazón; la pasión del siglo era librarse de toda sombra de despotismo, y Tácito declamaba fuertemente contra los tiranos y pintaba con viveza todo lo que tenía de horrible su carácter; en él, pues, se encontraban imágenes con que excitar el odio contra la opresión antigua, grandes consuelos para la libertad humana desatendida, firmeza invencible en la convicción de la propia

dignidad; y cuando el ánimo se halla apasionado, fácilmente suprime las diferencias en el fin y circunstancias con que encuentra enunciados los pensamientos que le halagan, y los adopta como propios de su especial situación, y se ilusiona hasta el punto de verlos rodeados de una aureola encantadora, como voces venidas del cielo: ayudaba también al culto que dió en tributarse á Tácito, en perjuicio de otros tan dignos compositores de la antigüedad, el tono misterioso que producía en sus sentencias y en su estilo la profundidad con que muchas veces concebía los pensamientos y la concisión y reticencia con que los expresaba, lo cual ha sido siempre del gusto de los filósofos en épocas de frivolidad científica, de lo que adolecía especialmente en el siglo pasado la Francia. Por eso ha sido Tácito objeto de los más pomposos elogios de parte de La Harpe y otros escritores, que han agotado los recursos del ingenio para encontrar expresiones con que caracterizarle; para ellos el secreto de su dicción, expresiva de todas las modificaciones del alma, no podía jamás descifrarse; la viveza de sus pinturas, la energía de sus sentimientos, la penetración de sus ideas no podían haber formado un estilo más admirable.

La moderación que ha traído la experiencia de aquella época de expansión de la actividad humana, ha hecho al fin armonizar los juicios y reunir bajo la influencia de bien meditadas teorías estéticas los sentimientos manifestados por la generalidad en todos los siglos, y libres ya los que se dedican al estudio de las bellezas artísticas de preocupaciones de circunstancias, dan á todos los grandes genios que han ilustrado las páginas de la literatura todo lo que se merecen, sin rebajar á ninguno de ellos por cohonestar en otros cualidades que de ninguna manera son envidiables; por eso, después que eminentes escritores, tales como Ficker, Fed. Schlegel y M. Amadeo Duquesnel, nos han presentado á Tácito con toda la grandeza de su genio, pero sin las exageraciones de MM. Thomas y La Harpe, aunque sin señalar tampoco las manchas que se notan en su brillante estilo, otros críticos también muy apreciables, entre ellos MM. Dussault, Nisard y Pierron, han demostrado con el grado de evidencia á que se puede aspirar en materias de buen gusto la parte de pretensiones artísticas y los defectos de oscuridad y afectación que de ellas provienen, así como la falta de exactitud á que pudo llevarle su excesiva propensión á la melancolía, sin dejar por eso de reconocer que todos estos vicios, que rebajan indudablemente el alto mérito de Tácito, no impiden que todavía ocupe un lugar distinguido entre los escritores de primer orden de la literatura latina, viniendo así á confirmarse por estos escritores el juicio que ya antes habían formado Rollin y Blair.

Hé aquí cómo el estudio y la aplicación de la crítica va dando por resultado el aproximar las opiniones de los modernos literatos á las de los grandes maestros que en la antigüedad reunieron á sus conocimientos literarios, no tan adelantados como los que hoy se poseen, una sensibilidad exquisita para gustar la belleza de las obras del ingenio humano. Ciceron y Quintiliano, Vosio, Rollin y Blair, ¡cuán pocas veces han sido desmentidos en sus juicios! La humanidad adelantada de siglo en siglo: los grandes espíritus se colocan de un golpe en la cima de la civilización.

ESTEBAN MANUEL FERNANDEZ Y CANTERO.

LA CIUDAD Y FORTALEZA

DE LUXEMBURGO.

Las negociaciones para la venta del Gran Ducado de Luxemburgo por el rey de Holanda al emperador de los franceses, y la desaprobación de este contrato por parte del rey de Prusia, han producido mucha inquietud últimamente, por temor de que á causa de ellas se alterase la paz de Europa. La porción de este territorio, que pertenece aun, con el título de Gran Ducado, al rey de Holanda, pues cierta extensión del mismo se incorporó al nuevo reino de Bélgica en el año 1831, cuenta una población de 200,000 almas, la mayor parte de la cual habla un dialecto de la lengua alemana. El país que nos ocupa, se halla contiguo á los territorios prusianos de Tréveris y Saarlouis y tiene ricas minas de carbon y de hierro que Francia ha ambicionado durante mucho tiempo, á la provincia bávara del Palatinado y al territorio de Hesse en las cercanías de Maguncia, que también se hallan en la orilla izquierda del Rhin. La importancia militar de la ciudad y fortaleza del Luxemburgo, situadas á pocas millas de distancia de la frontera de Francia, no necesita demostrarse. Como una de las fortalezas de la Confederación Germánica, á la que pertenecía el Gran Ducado de Luxemburgo, una guarnición de algunos millares de soldados prusianos continúa ocupando esta plaza, pero es de esperar que se llegará, sin embargo, á un arreglo pacífico.

La situación del Luxemburgo es muy singular, y la extensión y carácter peculiar de sus fortificaciones

(52) Quá Crispus brevitate placet, quo pondere Varro, Quo genio Platus, quo flumine Quintilianus:

(53) *una pompa Tácitus, nunquam sine laude loquendus*

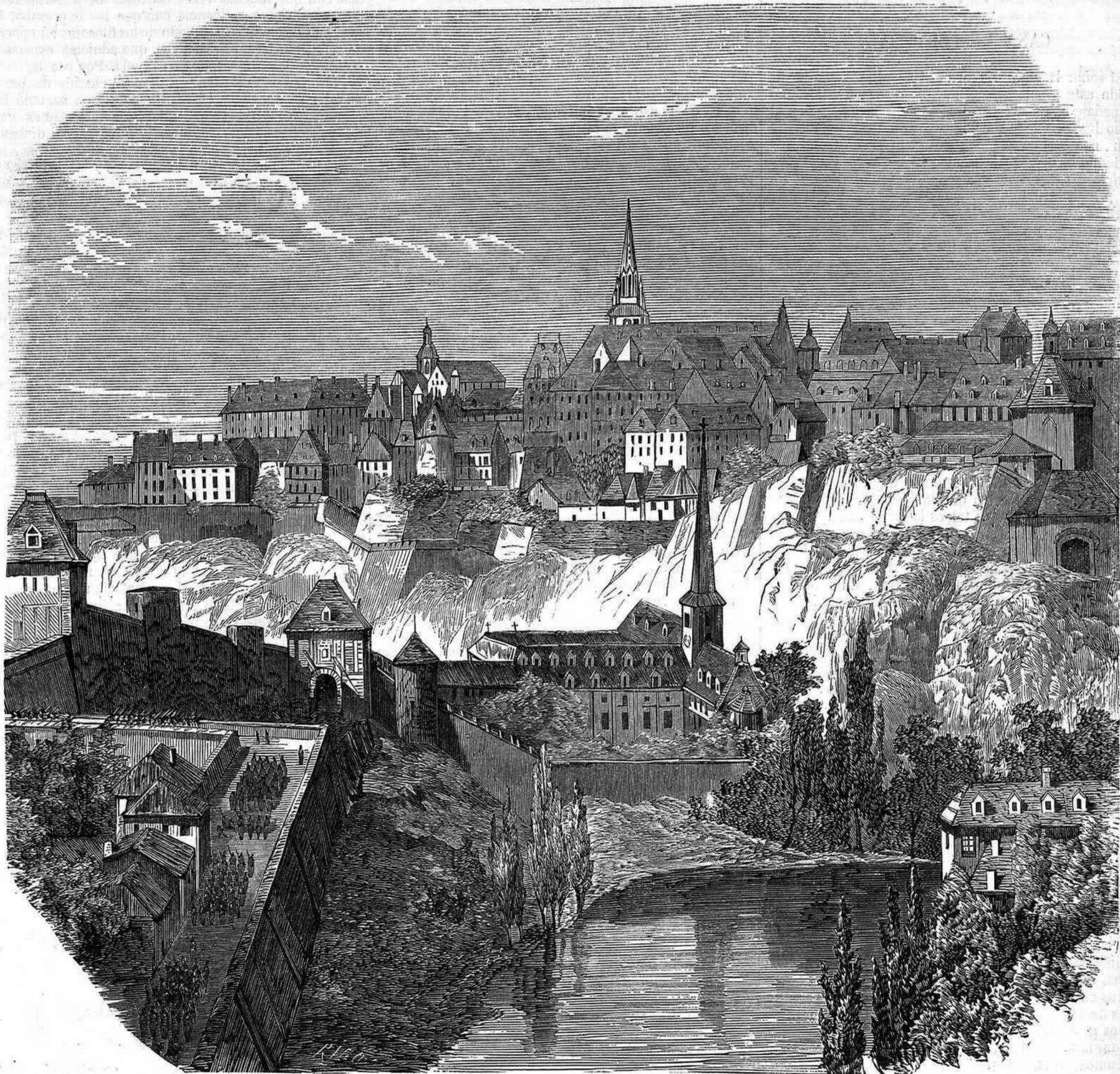
(54) Hunc primo regens, laudabis eloquentiam, cum iterum in manus sumperis, miram acumen deprehendes, et miraberis; ubi contubernalem reddideris, saepe artificiosa docebit varietate, inmensaque jucunditate delectabit.

(55) Proefatio in Polybium ya citado.

merecen notarse. La ciudad superior ocupa un campo parecido á una mesa, al nivel del suelo de la comarca contigua por la parte del O.; pero por los lados del N., E. y S., la roca descende en forma de precipicio de 200 pies de profundidad, en frente del cual se levantan otras rocas elevadas también, formando un precipicio unidas con el otro lado en su parte mas

estrecha por medio de puentes levadizos, y entre ambas partes yace la ciudad baja, anidada, por decirlo así, en una especie de barranco ó foso regado por dos rios, el Petersburn y el Alzette, con una roca aislada en el medio, á la que dan el nombre de «Macho cabrío», cubierta de terraplenes de mampostería, con troneras para que la guarnicion haga fuego por ellas,

y provista de grandes recintos que pueden servir de refugio, escavados en la roca viva. Hay un puente de piedra de varios arcos que cruza el valle y sirve para la comunicacion entre la ciudad y el «Macho cabrío», pero se halla completamente dominado por los cañones de la fortaleza. La ciudad contiene pocos edificios de grande importancia arquitectónica, y su poblacion es



LA CIUDAD Y FORTALEZA DE LUXEMBURGO.

de unas 11,000 almas, no incluyendo en este número 6,000 soldados prusianos. El grabado que damos hoy, está tomado del natural.

SOBRE LA SUPREMACIA DE LA PROSA.

Un crítico, el señor don Luis Carreras, á quien profeso particular aprecio, por lo que se merece, por el culto que rinde al arte y por sus aspiraciones laudables, encabeza uno de los capítulos de su *Discurso preliminar sobre la reforma de la poesía*, con estas palabras: *Supremacia de la prosa*. Antes de leerlo, yo, que no presumo de crítico, pero que en amor al arte á nadie cedo, considerando al autor del Discurso, como una especie de Lutero de las letras, dije para mi gaban: «Si me convence, me declaré protestante mas pronto que la vista, y en mi vida vuelvo á componer un verso.» Leí el capítulo, y vine á sacar en consecuencia una sola verdad, á saber: que cabalmente los elementos principales en que mi amigo funda la

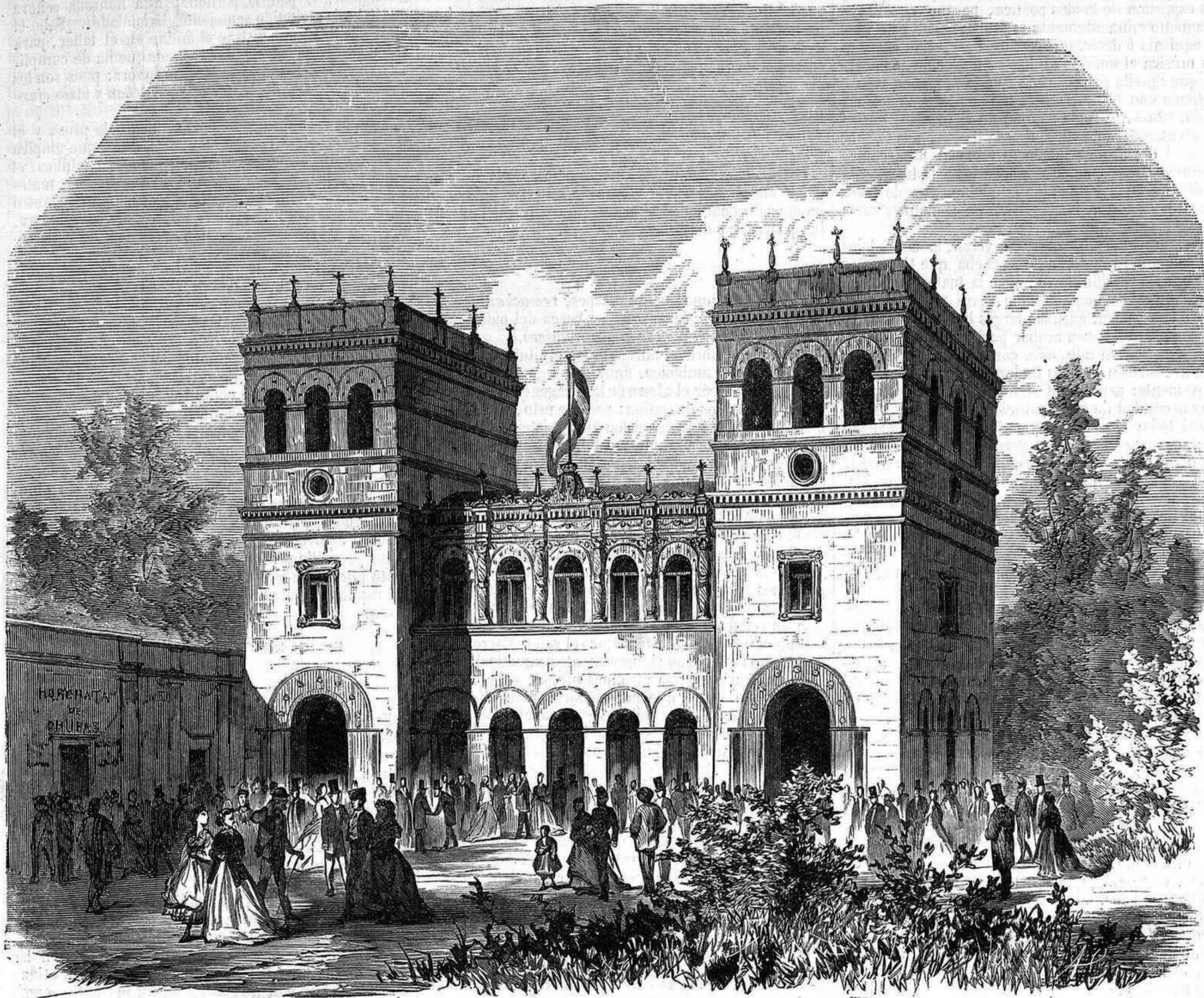
superioridad de la prosa, los debe esta ingrata al verso, á quien me pareció oír que exclamaba un tanto picado: «¡eria cuervos y te sacarán los ojos!»

Dice el señor Carreras que «la melodía y la armonía del verso no nacen (solamente, debió añadir) de la consonancia ó asonancia, sino de la construcción y la dición y de la concordancia musical de los miembros del periodo.» Claro está, pero eso mismo indica también, que si el verso reúne todas las condiciones mencionadas, el verso contendrá poesía, así como si la prosa deja de reunir las que he señalado con bastardilla, no sólo será verso, sino que será una prosa abominable; lo cual, en términos mas llanos y mas sencillos, quiere decir que, en prosa ó en verso, lo bueno es bueno y lo malo es malo.

«La consonancia ó asonancia (continúa) repitiendo á trechos un mismo sonido, afea el periodo; y el metro, encerrando todos los miembros en igual espacio (proposicion entre paréntesis, no muy exacta) ó variándolos con rigor geométrico, lo amana y le da una gran monotonía; sucediendo, que el asunto mas grande parece pequeño al venir espresado en esta for-

ma.» ¡Que la repeticion, á trechos, de un mismo sonido afea el periodo!... No parece que aquí se alude, sino á lo que se observa en la mala prosa. Yo diré al amigo cómo lo afea: lo afea como el murmullo candencioso, casi geométrico, repetido y solemne de las olas afea los periodos de la poesía del mar; lo afea como la periodicidad de un motivo afea una sinfonía de Beethoven ó Haydn; lo afea como la inmovilidad de las líneas, que escede en monotonía á la repeticion de los sonidos, afea la belleza de Apolo de Bellvedere; lo afea como el monótono azul de un dia sereno afea la hermosura del cielo. — ¡Que el asunto mas grande parece pequeño al venir espresado en forma de verso!... Yo me treveria á probar con millares de ejemplos, y no lo hago, porque basta la simple enunciacion de ello, que infinidad de pensamietos pobres, triviales, chavacanos, vulgares y hasta rastreros, en prosa, se hacen altamente poéticos, con sólo encerrarlos en el metro, que á los ojos del amigo es un calabozo inquisitorial, un lecho de Procusto. Reduzca el amigo á la prosa mas bella del mundo los cuatro versos de un buen cantar ó los de una delicadísima balada, y cuando á

ESPOSICION UNIVERSAL DE PARIS.



PABELLON DE ESPAÑA.

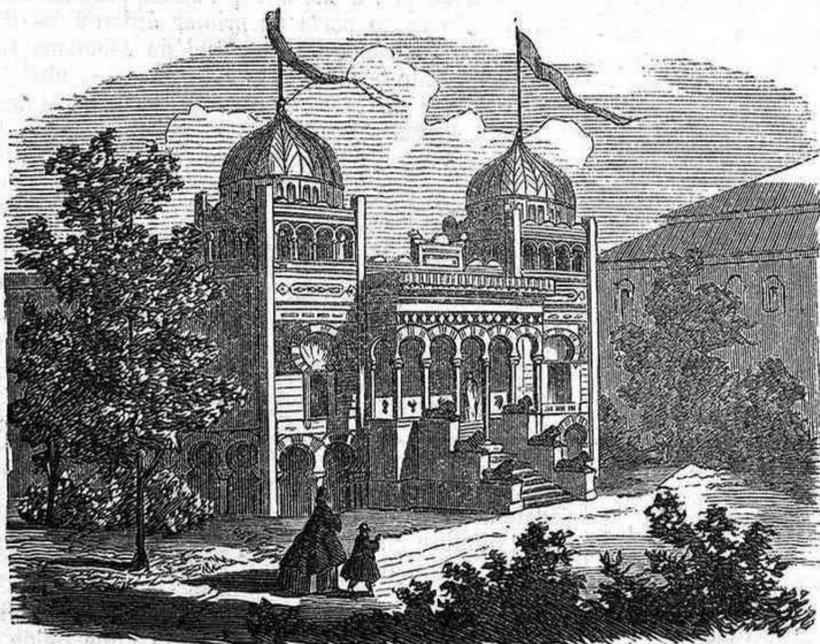
su sentido estético no le dé lástima la trasformacion, será milagro,

«Con el verso se dificulta la inteligencia del pensamiento ó del mérito del estilo.» ¡Bravas entendederas serán las del lector que no comprenda una idea en verso, enunciada como Dios, la gramática y el arte

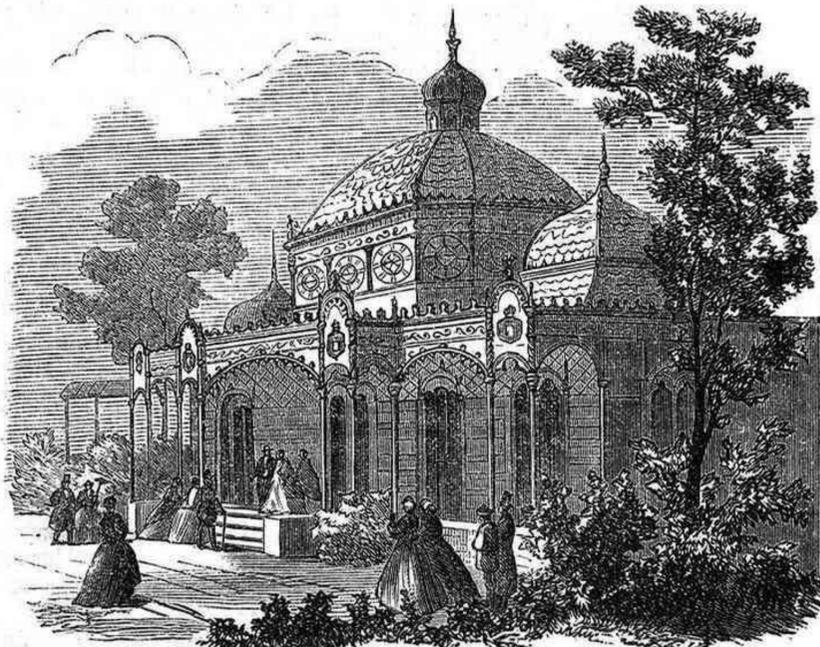
exigen! En cuanto al mérito del estilo, tengo para mí que no es necesario ser un lince para apreciar y distinguir el de García Gutierrez, del de Gonzalez Estrada, célebre pentacrostista. Y al contrario, hay estilo en prosa tan ramplon, violento, enmarañado y tenebroso que, aunque se le arrimen las antorchas de todas

las inteligencias, á buen seguro que deje descubrir y admirar sus recónditos primores.

«El verso es una forma *desusada y artificial*.» Desusada y artificial, nó, usada y artística sí, mucho mas artística que la prosa. Si aquella forma se califica de artificial y desusada, destiérrese del arte, no ya sólo



PALACIO DEL BEY DE TÚNEZ.



CASA DE PORTUGAL.

el verso, sino la prosa misma, puesto que tampoco el vulgo de los hombres se produce como Tucídides, como Demóstenes, como Ciceron, como San Agustin ni como Cervantes; destiérrese la música artística, puesto

que no la usan, lo mas que hacen es, s acaso, destruirla impiamente, la labandera de mi amigo y la mia, que prefieren una desdichada murga á los célebres cuartetos del Conservatorio y á los conciertos de música

dirigidos magistralmente por el señor Barbieri. «Toda composicion de arte, para ser perfecta, ha de tener una expresion esencial al pensamiento»... «y como el metro no es el estilo esencial del pensamien-

to, etc.» En primer lugar, el señor Carreras confunde el estilo con el metro, y son cosas diferentes; en segundo lugar, el metro es más esencial que la prosa, como expresión de la idea poética, porque constituye un elemento eminentemente artístico: negar esta verdad, equivale á decir, que siendo la expresión esencial de la música el sonido, no hay composición más perfecta que aquella en que cada sonido va por su lado ó se articula con otro á la pata la llana, sin sujeción á medida, ritmo, ni regla alguna; en cuyo caso, Perico el ciego es superior á Rossini, y la tía Pepa á la Penco: equivale á decir que, siendo lo esencial para comer apoderarse de los manjares y llevarlos á la boca, está de sobra la cuchara, aunque la cuchara sea de tosca madera, pues con meter los dedos en el plato estamos al fin de la calle.

«El siglo rechaza las obras en verso, lo cual, lejos de probar que es materialista, prueba que tiene más poesía que los versificadores, pues la materialidad y la puerilidad están en aquellos que, para pintar un carácter ó una pasión, agrupan largas hileras de nueve ó diez sílabas, que hacen acabar periódicamente en *on*, *on*, en *tru*, *tru*, en *ado*, *ado*, como si el carácter y la pasión necesitasen de estas lindezas para ser poéticos.» Efectivamente: para manifestar el odio, por ejemplo, no hay necesidad de consonantes ni asonantes; yo voy más allá todavía, y aseguro que tampoco es indispensable la prosa; con coger un garrote y descargarlo, sin decir *tús* ni *mus*, ó, si se quiere, *on* ni *tru*, sobre la cabeza del que es objeto del odio, asunto concluido. ¡A estremos tales conduce la teoría de la *expresión esencial* del amigo! El siglo rechazará las obras en verso, pero se le conoce muy poco: ¿en qué siglo se ha escrito, impreso y vendido el número que en el presente, aunque se venda menos que la prosa más detestable?

¡Puerilidad llama, desdeñosamente, al ritmo poético y á la rima! Al leer esto, se me figura que la facultad estética del amigo, estaba dormida cuando su mano trazó semejantes palabras. Lo pueril es invadir el dominio del verso, arrebatándole sus desinencias, sus inflexiones, parte de su estructura, su modo de ser, en una palabra, sus alas, y coserlas á los homóplatos de la prosa para que esta dama levante el vuelo más de lo que la modestia femenil permite, y se coloque en una situación ridícula. ¿Hay nada más ridículo que la entonación de las novelas del vizconde d'Arincourt, y entre ellas *El Solitario del monte salvaje* y *El Renegado*, en donde se ha querido imitar el lenguaje del verso, consiguiéndose, á lo sumo, parodiarlo mezquinamente? Homero, Esquilo, Virgilio, Dante, Milton, Calderon, Schiller, Goethe... ¿quién me diera el genio que se necesita para hacer alguna de esas puerilidades que se llaman *La Iliada*, *Prometeo*, *Edipo*, *La Eneida*, *Las Geórgicas*, *La Divina Comedia*, *El Paraíso Perdido*, *La Vida es sueño*, *Wallestein* y *Fausto*!

«En el teatro es todavía más chocante (que en el poema narrado) la disparidad del carácter de la expresión y de la idea; pues como la vista física de los personajes concentra más el espíritu en la acción, causa desagrado aquella manera *desusada* de hablar con la manera natural de proceder.» Si por lo que el amigo llama *disparidad* del carácter de la expresión y de la idea, ha de condenarse á ostracismo perpétuo el verso ¿qué castigo no merecerá la música? Pues que ¿el hombre se muere cantando árias, duos ni tercetos? ¿Declara á una dama su atrevido pensamiento, hilbando las corcheas y semicorcheas, las fusas y semifusas que el señor Carreras habrá aplaudido en el teatro Real? ¿Se venga de un enemigo, pidiendo á la música sus combinaciones rítmicas, y á aquel, paciencia para oírlos, ó con apóstrofes é interjecciones, ayudados de cachete y estacazo limpios? ¿Son, por ventura, el *do*, *re*, *mi*, *fa*, *sol*, *la*, *si*, musicalmente combinados, el modo *usual* de hablar la gente? ¿Es, acaso, ni ha sido nunca el idioma común, usual, el idioma del arte? ¿Habla la pintura con palabras, ó con colores? ¿Habla la arquitectura con versos, ó con piedras, rimadas por mas señas? La simetría en un edificio, el compás en la música, ¿son otra cosa que ritmo y rima puros?

El señor Carreras, furibundo iconoclasta, penetra en seguida irrespetuosamente en el templo del arte, y arroja de él, poco menos que á puntapiés, la imágenes que lo decoran; porque «el lenguaje figurado (dice), oscurece el pensamiento, en lugar de aclararlo; pues las personificaciones y comparaciones, lejos de explicar, embrollan y distraen, por no haber objeto alguno que pueda ser comparado con exactitud.» Leer yo esto, abrir á la ventura su drama *Eter*, por la página 61, y encontrar lo siguiente, fué todo uno.

DOÑA CRISTINA.

Yo lo hice ya.—¿Qué no he hecho antes de venir? —Y creo que me oyó. Un día le rogaba *deshecha en lágrimas... Le ponía delante mi viudez, mis desgracias...* De repente tuve una idea... Quédese asombrada... Le ruego que la desvanezca, *si ha sido suscitada por una mala pasión...* Pero la idea *ahondaba, ahondaba en mi entendimiento...* No me precipité.

Abro el libro por la página 99, y leo:

CAPELLAN.

Amaba con ternura á una jóven, de quien era honestamente correspondido... La víspera de la boda *el cielo se la llevó*. Teníala yo *por la corona de mis trabajos, por el descanso de mis penas, por el remate de mi dicha*.

Vuelvo á abrirlo, por la página 49 (Escena 1.ª) y leo:

ARTURO.

Calle, calle, ¿con que tú me has enamorado por medio de malas artes? Me alegro de saberlo; porque, ó no me casó contigo, ó ahora mismo, aquí, delante de tus padres, *me devuelves el corazón*.

CONCHITA.

...Para que nunca te me escapes, *remacharé las cadenas que te puse* (en voz baja y cerca del oído), *queriéndote mil veces más de lo que te quiero*.

Pero ¿á qué abrir el libro? ¿No es el título del drama *Eter*, un título simbólico, figurado?

—No estoy yo por el abuso de las imágenes, sobre todo en los momentos de pasión; pero de esto, á la aridez, á la sequedad y á la concisión que el sistema del amigo exige, hay un abismo, abismo tal, que las escenas culminantes de un drama quedarían reducidas á simples exclamaciones. Un *¡ah!* un *¡oh!* evitarían con mucha frecuencia á los autores, grandes quebraderos de cabeza. Supriman ustedes de la literatura y aun de la ciencia el lenguaje figurado, y les habrán despojado de uno de sus principales encantos. Quiten á la prosa de cualquier idioma las galas de sus refranes, modismos y expresiones proverbiales, cuya mayor parte, no menos que los adjetivos, pertenecen al lenguaje figurado, y lo dejarán reducido á un miserable esqueleto, sin belleza y sin alma. Además, ¿está seguro el señor Carreras de dar con una definición rigurosamente gramatical, científica, matemática, una idea más propia, cabal é inteligible de un objeto, que por medio de una imagen?... Lo dudo: allí, donde muchas veces concluye el poder de la representación directa, allí, la imagen ilumina de improviso todos los puntos oscuros del objeto ó de la idea. Doña Cristina *deshecha en lágrimas*, mueve más á compasión que Doña Cristina *llorando mucho*, es decir, deja ver más claramente el estado angustioso de su corazón y de su espíritu valiéndose de una imagen, que si no la hubiera empleado. El personaje que en *El tanto por ciento*, de Ayala, dice: *¡Si yo pudiera sobornar al tiempo!* da á entender con mayor energía y verdad la inquietud que le domina en aquel momento, que si la hubiera pintado con distinta forma.

Y viniendo á otro punto, ¿qué menguado es el destino á que el amigo condena á la pobre poesía lírica de hoy! Según él, «es un acompañamiento de la vida de salón y de taller» y «ha de tirar más á alegre que á triste, más á ligera que á profunda, como que ha de dar al ánimo, en la tertulia, calma y apacibilidad para cumplir las reglas que la urbanidad enseña, y ha de distraerle en el taller, para que no le abandonen las fuerzas con que ha de cumplir su obligación. Así, el lirismo, ha de abandonar los hechos sociales por los puramente personales, mostrándose ligero en la tristeza, alegre sin ironía, y satírico con indulgencia.» ¿Y qué razón hay para que no sea triste en la ligereza, irónico en la alegría y enérgico en la sátira, cuando venga á pelo? El no hacerlo así, equivaldría, en ocasiones, á atar de piés y manos la inspiración. Precisamente, en el fondo general de la lírica de nuestros tiempos, no se descubre ninguno de los caracteres que le atribuye ó desea el señor Carreras; y hé ahí también, precisamente, lo que le da una superioridad notabilísima sobre la de otras épocas. Grave, amarga, escéptica, reflexiva, filosófica, profunda, no consiste ya únicamente, como la culterana, en ingeniosos alardes y primores de forma, sino que, alimentándose de la sustancia íntima del espíritu y conservando su índole esencialmente subjetiva, se completa, apoderándose de los hechos sociales, elementos sin los que su propia subjetividad representaría un interés egoísta, aislado, negativo, exclusivamente personal, sin conexión alguna con la vida colectiva, con los intereses de la humanidad, de la que el poeta forma parte, y á los que no puede mostrarse del todo ajeno, ni insensible; porque (y allá va un par de imágenes) el alma del poeta es como una bóveda donde resuena su voz interior y donde se repiten los ecos de fuera; es un espejo ustorio que recibe en su foco los rayos diseminados y débiles del sol, y los devuelve convertidos en rayos ardientes que hacen admirar toda la hermosura de la luz y concentran su fuerza.

Lo de que la lírica ha de dar en la tertulia calma y apacibilidad al ánimo para cumplir las reglas que la urbanidad enseña, indica dos cosas: primera, que el ánimo es de suyo desapacible y tempestuoso, y que, en su consecuencia, la noche en que en una tertulia falte lectura de poesías, hay peligro de que los concurrentes se tiren de las greñas, y será preciso llevar allí, para evitarlo, una pareja de guardias veteranos: segunda, que todos los versos que suelen leerse en los

salones, son poesía lírica. Se conoce que el señor Carreras vive muy retirado y no los frecuenta, que, á frecuentarlos, pediría perdón á esta honrada señora por haberla atribuido semejantes liviandades. ¿Sabe el amigo la lírica que distrae el ánimo en el taller, para que no le abandonen las fuerzas con que ha de cumplir su obligación? Yo se lo diré, si lo ignora: pues son los romances de *El guapo Francisco Estéban* y otros *ejusdem furfuris*.

Resumamos: formas del pensamiento la prosa y el verso, como otras más ó menos plásticas que emplea el arte, *verbi gratia*, la piedra, el color, la mímica, el sonido, cada una de ellas, aun en sus diversos matices, tiene sus aplicaciones propias y sus límites, dentro de los cuales, no sólo no es inferior á ninguna otra, sino que es superior, si bien la extensión de estos límites se diferencia mucho.

Jamás la palabra escrita, ó si se quiere, la pluma, describirá una cabriola con la propiedad que las piernas de una bailarina: en cambio, las piernas de una bailarina jamás pintarán un paisaje como el lápiz, y aun menos como el color manejado por el artista.

Si el señor Carreras se hubiese ceñido á exponer sus ideas sobre cuestiones de estética, nada hubiera yo dicho; pero se presenta como reformador de la poesía, sacude tajos y reveses, á diestro y siniestro, no sólo contra los errores que puedan existir (que esto ya lo han hecho y lo hacen muchos críticos), sino contra lo ortodoxo del arte; y como, á mayor abundamiento, pide y desea ardientemente que se examine su obra, he creído rendir un respetuoso homenaje de aprecio á sus *laudables propósitos* (pues sus convicciones me parecen equivocadas), manifestando en el lenguaje franco, sencillo y leal de un amigo, el juicio que, como parte interesada é implícitamente aludida, he formado del capítulo de su obra, que titula *Supremacía de la prosa*.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

Enero 12 de 1867.

El Museo ha dado ya á conocer algunas de las preciosas composiciones que forman el *Intermezzo*, de Enrique Heine, poema que valió á su autor desde el momento de ver la luz pública, una fama europea. El jóven salmantino don Mariano Gil Sanz, arrebatado por la muerte en los primeros años de su juventud, concluida brillantemente la carrera de Derecho y empezando á distinguirse en la del foro, había dado ya magníficas muestras de una delicadeza exquisita en las poesías de sentimiento, y de estro varonil y entonación magestuosa en las filosóficas y patrióticas, por las cuales mereció el singular aprecio de Quintana y Durán, cuando emprendió la traducción completa del *Intermezzo*, que hoy principiamos á insertar con las líneas que la preceden, y en las que juzga con alinado criterio y elocuente sobriedad, así el espíritu como la forma de aquella obra maestra, bosquejando de paso la fisonomía moral y artística del primer lírico alemán de nuestros tiempos.

EL INTERMEZZO.

POEMA DE ENRIQUE HEINE.

En Dusseldorf, pequeña ciudad que se levanta en las orillas del Rin, nació Enrique Heine. Goethe y Schiller habían conquistado ya sus inmarcesibles laureles, cuando dió aquel á luz sus primeras producciones, apareciendo como poeta de primer orden á los ojos del mundo ilustrado. La juventud de Alemania voló inmediatamente á colocarse en torno suyo, abandonando las trilladas sendas de imitación seguidas hasta entonces. Los alemanes todos saben de memoria las magníficas concepciones del gran poeta, y le aman y rechazan á un mismo tiempo, porque sólo con su muerte se han visto libres de su sarcástica ironía. «Heine—dice un distinguido publicista del vecino imperio—se burla del mundo entero y de sí mismo... Entregado al impulso de una imaginación viva é inagotable, la acaricia y la maldice á un tiempo. Ese extraño desacuerdo, expresado con negligencia y abandono, con un encanto indefinible, con una delicadeza maravillosa, llena al lector de asombro, y es la fiel expresión de la época presente, época de tedio que quisiera ser apasionada, de un dolor que no tiene fuerza suficiente para elevarse á la desesperación, de una ironía incapaz de armarse de odio vigoroso y vengativo, de una incertidumbre que despedaza el alma.» Otro escritor notable, y amigo íntimo de Heine, se espresa del siguiente modo, calificando también al gran poeta. «No es desplegar, dice, un vano lujo de antítesis, el afirmar bajo el punto de vista literario, que Heine es cruel y compasivo, cándido y pérfido, escéptico y creyente, lírico y prosaico, sentimental y burlon, apasionado y glacial, espiritual y pintoresco, antiguo y moderno, retrógrado y revolucionario. Es el hombre de los contrastes: su naturaleza panteísta siente todas las emociones, percibe todas las imágenes. En sus continuas transformaciones conserva siempre su in-

comparable perfeccion plástica. Talla como si fuera un trozo de mármol de Paros, los troncos nudosos y deformes de la enmarañada floresta del idioma germánico, al través de la cual sólo se avanzaba valiéndose del hacha y del fuego. Gracias á él, se puede caminar hoy día por ella, sin ser detenido á cada paso por las lianas, por la espesa retama, por la copiosa maleza. Ha esculpido la armoniosa estatua de Apolo en la vieja encina teutónica, trasformando en lengua universal ese dialecto, que únicamente los alemanes podían entender y hablar, sin comprenderse á veces ellos mismos.» Heine murió en París en el año 1856, despues de una larga y penosa postracion. Murió en tierra extranjera, sin que el nebuloso cielo de su patria alumbrase sus últimos momentos. Su muerte fue un día de luto para todo amante de las bellas letras; un remordimiento para Alemania.

El poema en que mas resalta la originalidad de Heine es el *Intermezzo*. No se sabe qué admirar mas en este poema, si la inimitable maestría con que describe,—valiéndose de cortas canciones, aisladas al parecer, pero enlazadas por la idea del amor á que se refieren—las alegrías y torturas de un corazón que ama, á la graciosa ligereza y á veces desaliño, con que presenta sus imágenes, ligereza y desaliño que constituyen uno de los principales atractivos del poema. Enrique Heine revela en él un conocimiento profundo del corazón humano, y una sensibilidad poética maravillosa. Las primeras canciones rebosan esa expansiva alegría que circunda siempre al amor correspondido; todo en ellas es luz y armonía, flores y aromas, cielos despejados, frescas ilusiones. Empero, el corazón de la mujer es inconstante como las mariposas. La frivolidad y la coquetería constituyen el fondo del carácter de la joven á quien el poeta—protagonista del poema—consagra sus amores. Hastíala al fin y la fatigan; comienzan las distracciones y los primeros desdenes; sus caricias son menos ardientes, sus palabras menos apasionadas, y el poeta empieza á padecer, porque crece su amor á medida que amen-gua el de su querida. Preséntase un imbécil quizá, mas rico tal vez, pero indudablemente menos enamorado; y la ingrata acepta sus obsequios, y el poeta es relegado al olvido. La joven se casa; y el postergado amante sigue, á pesar de todo, queriéndola, si es posible, con mas intensidad que nunca. Esta última parte del poema está empapada en lágrimas. Sucédense á cada paso los lúgubres ensueños, multiplicanse los gemidos y los sollozos. Una idea aterradora fermenta en el cerebro del poeta. Detiéndose ante la tumba del suicida... *al rayo de la luna se balancea lentamente la flor del alma condenada*. El espectro del suicidio surge evocado en las últimas canciones del poema.—Tal es, en resumen, su argumento; nada mas natural, nada mas sencillo.

Heine no ha buscado como de mas interés para su poema, una mujer extraordinaria, una belleza asombrosa; bástale para impresionar fuertemente, una muchacha como hay muchas, fresca y graciosa, de tez sonrosada, de ojos azules. Tampoco hace uso de vanas declamaciones, para ponderar los estragos del amor, ni de ampulosas frases; sólo emplea la naturalidad en sus toques, jamás abusa de las tintas recargadas. Sus amores se parecen á los de todo el mundo, y en esto consiste el gran interés que inspiran. Reconocemos á la mujer que describe, en la protagonista acaso de alguno de nuestros amoríos: ¡tanta es la verdad que emplea Heine en el retrato de una joven frívola y coqueta, linda y caprichosa, que se complace en jugar con nuestro corazón, por ignorancia tal vez, con mala intencion nunca!

Antes de concluir, permitásenos dos palabras acerca de la traduccion del referido poema, que nos atrevemos á ofrecer al público. Grandes han sido las dificultades que hemos tenido que vencer para llevar á cabo el propósito de trasladarlo á nuestra lengua, arreglándolo á nuestra poesía. Seremos francos; en la traduccion de alguna de sus canciones, hemos atendido, mas que á la letra, al espíritu que en ella domina; pues de otro modo, imposible hubiera sido imitar su gracia inesplicable,—imitacion difícil por sí y que mucho tememos no haber logrado;—en otras, nos hemos acomodado estrictamente á los menores detalles. La crítica severa hallará sin duda en el trabajo literario que hoy publicamos, muchos puntos vulnerables á donde encaminar sus certeros disparos; no somos de aquellos cuyo exagerado amor propio reputa como indebidos todos los cargos que á sus producciones se dirigen: dispuestos estamos á recibir y agradecer como justas las observaciones adversas que pueda motivar nuestra publicacion.

1861.

MARIANO GIL SANZ.

PRELUDIO.

Cruzo en silencio la floresta oscura
De los encantos; ávido respiro
De las flores del tilo el blando aroma,
Y de la blanca luna el dulce brillo
En delicias anega el alma mia...

El aire rasga misterioso ruido...
Es el arpado ruiseñor que canta
El amor, y de amor los mil sombríos
Tormentos, y sus plácidas venturas...
Tiernos y melancólicos sus himnos,
En mí despiertan sueños relegados
Al erial nebuloso del olvido.

Y en un claro del bosque, de repente
Surge á mis ojos colosal castillo
De erguidas torres y almenados muros,
Taciturno gigante de granito.
Impregnado de duelo y de tristeza
Yace todo en redor de su recinto,
Cual si hubiese la muerte pavorosa
En él su régio alcázar escogido.

Y ante la puerta, misteriosa esfinge
Inmóvil guarda de alabastro miro;
Garras en ella de leon vislumbro,
Cabeza y pechos de mujer percibo,
Radiante de hermosura... Sus miradas
Revelaban deleites infinitos,
Y prometia su gentil sonrisa
Extasis de placer, goces divinos.

¡Cantaba el ruiseñor tan dulcemente!...
No pude resistir, y con delirio
Llevé á su boca mis ardientes labios
Y en el encanto me sentí cautivo.
Y adquirió vida la marmórea estatua,
Y comenzó á exhalar leves suspiros,
Y con ávida sed la llama toda
Temblorosa bebió del beso mio.
Anhelante aspiró toda mi vida,
Insaciable absorbió todo mi espíritu;
Luego sus fuertes garras de leona
Clavó en mi pobre cuerpo estremecido.

¡Delicias y tormentos celestiales!
¡Amarguras y goces infinitos!
Al par que con sus besos me embriagaba,
Sufrir me hacia sin igual martirio.

Y cantó el ruiseñor. «¡Oh bella esfinge!
¡Oh amor! ¡Por qué dolores tan impíos
Mezclas cruel á todas tus venturas,
De abrojos mil sembrando tu camino?
¡Oh bella esfinge! Tan extraño enigma,
Misterio tan recóndito y sombrío,
Sin conseguir adivinarlo nunca
Meditándolo estoy siglos y siglos!»—

I.

En mayo esplendoroso,
Cuando todas las flores
Que matiza la fértil primavera
Abren al sol su cáliz primoroso,
A los tiernos amores
Mi corazón se abriera.

En mayo embalsamado,
Cuando tan dulcemente
Las aves cantan en la selva oscura,
A la mujer que adoro he confesado
El puro amor ferviente
Que me inspira su célica hermosura.

II.

De mis lágrimas nacen
Aromáticas flores,
Truécanse mis suspiros
En un coro de arpados ruiseñores.

Si me quieres ¡bien mio!
Tuyas son esas flores,
Y al pie de tu ventana
Cantarán los arpados ruiseñores.

III.

Sol encendido,
Tórtola tierna,
Fragante rosa,
Lirio y violeta
Fueron en otros días
Mis adoradas prendas.

Hoy, tú eres sólo,
Niña hechicera,
El embeleso
De mi existencia.
Sólo á tí te idolatro,
Sólo á tí, pura y bella...
Porque eres niña
Donosa y fresca,
Como alboradas
De primavera;

Y eres, al par, bien mio,
Mi tórtola hechicera,
Mi egregio sol, mi lirio,
Mi rosa, y mi violeta.—

IV.

Cuando miro tus ojos
Tan azules, tan lánguidos ¡bien mio!
Olvido mis enojos,
Desecho el duelo impío.
Y recobro el sosiego,
Y el bienestar ansiado
Cuando imprime tu labio embalsamado
En mis labios un ósculo de fuego.
Si reclino mi frente
Sobre las níveas pomas
De tu pecho, que tiemblan dulcemente,
En mares de alegría
Se anega el alma mia;
Y si luego me dices «¡yo te adoro!»
¡Entonces... desfallezco... y lloro y llo o!—

V.

Ven, y apoya en mi mejilla
La tuya de rosa y nácar:
Ven, y oprime contra el mio
Tu corazón, mi adorada.
Quiero que en un raudal sólo
Se confundan nuestras lágrimas,
Quiero que en un solo fuego
Nuestros corazones ardan.
Y cuando rocen mis labios
Tu fresca tez delicada,
Y unidos estrechamente
Nuestros corazones latan,
Percibir quisiera entonces
A la muerte fría y pálida,
Y en un transporte inefable
De amor, exhalar el alma.

VI.

De blanco lirio en el vistoso cáliz
Aprisionar quisiera el alma mia;
Un himno el lirio, entonces, por mi amada
Preludiar debería;
Y debería estremecer el himno
Y temblar, como el ósculo inefable
Que sus labios dulcísimos me dieran
En hora inolvidable.

VII.

Despues de siglos y siglos
Inmóviles en lo alto,
En amorosas miradas
Suelen hablarse los astros.
Y es florido su lenguaje,
Y rico, armonioso y claro;
Y en el mundo, entre los hombres,
Lo ignoran todos acaso.
Yo, yo lo estoy aprendiendo,
Porque á una niña idolatro
Cuyos divinos ojuelos
Me sirven de diccionario.

VIII.

Yo te trasportaré ¡dulce amor mio!
En alas de suavísimos cantares,
Yo te trasportaré ¡dulce amor mio!
A las riberas del sagrado Ganges.

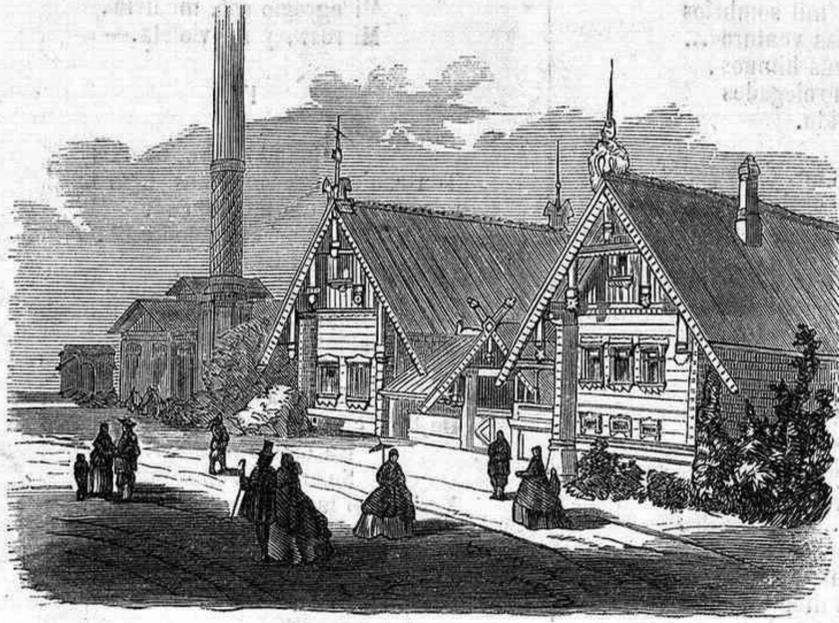
Del Ganges proceloso en la ribera,
Yo conozco un espléndido paraje
Que las flores inundan con su aroma
Y con alegres cánticos las aves.

Crece allí las palmas cimbradoras,
Y ostenta el loto su gentil ramaje,
Y se estremece el mirto embalsamado
Al tibio soplo de la brisa errante.

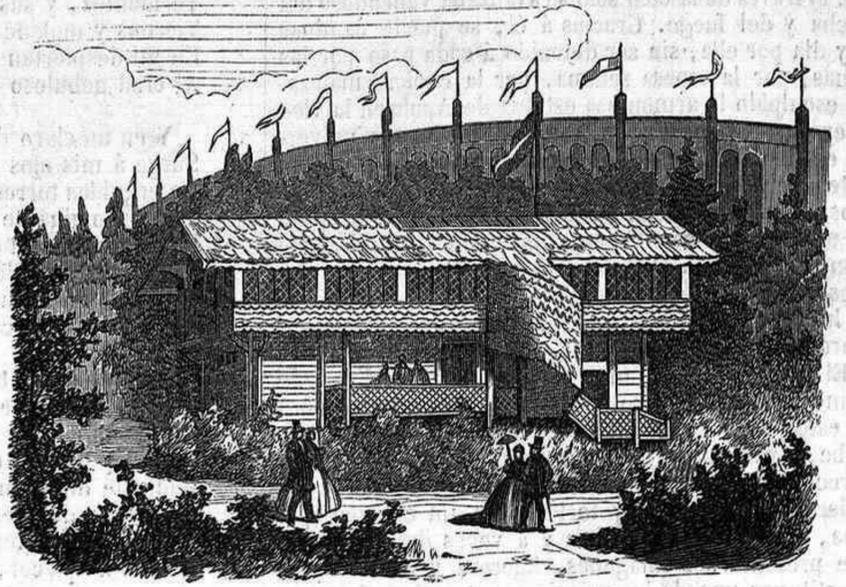
Y sonrien los trémulos jacintos
Azules cual tus ojos celestiales,
Y por lo bajo las galanas rosas
Dicen mil propósitos amables.

Y pasan temerosas las gacelas,
Y se deja escuchar solemne y grave,
El rumor misterioso que á lo lejos
Mueven del sacro rio los raudales.

Allí, á la sombra de las bellas palmas,
Mecidos por ensueños inefables,
A solas, prenda mia, gozaremos
La ignorada ventura de los ángeles!
(Se continuara.)



IZBA.—CASA RUSA.



LA CASA DE GUSTAVO WASA.

LOS PALACIOS DE VILLENA.

(CONTINUACION.)

Este fenómeno, que venia á coincidir con el pensamiento entonces exaltado del infante, deslumbró su vista, sorprendió su razon, y su mente acalorada, aturdida ante el portento, sufrió una perturbacion estraña. Dió un salto hácia atrás y cayó aplomado desde una elevacion considerable, sobre la esplanada morisca del terraplen.

Quedó desvanecido, conturbado, medio muerto: la violencia del golpe le atolondró, la sangre empezó á fluir de su cabeza y cayó en mortal deliquio.

Desde entonces dió en llamarse á aquel punto el *Salto del astrólogo*; denominacion que siguió conservando largo tiempo y que el vulgo solia pronunciar siempre persigándose, para ahuyentar, segun decia, cierto maleficio.

III.

OSIRIDO.

Cuando volvió en sí don Enrique, hallóse tendido en su lecho, todo el cuerpo dolorido, quebrantado por la caída, contuso, ensangrentado y presa de una fiebre intensa.

Era de noche.

La vasta cámara, en cuyo fondo alzabase bajo pabellones flotantes el suntuoso lecho del infante, aparecia medio iluminada por una luz ténue y macilenta que hacia vagar los objetos en un tinte fantástico.

El magnate aparecia allí inmóvil, aterrados sus miembros, sin tension alguna, húmedo el cabello y el semblante pálido y desecado.

A su lado velaba un gentil mancebo de rasgados ojos, vestido de una sobrevesta acuchillada, y en cuya escarcela ricamente bordada lucia una placa de realce con la divisa blasonada de Villena.

Era hermoso sobre toda ponderacion: sus largos y enortijados cabellos caian sobre sus hombros, y en todo aquel sér privilegiado compendiabase el fiel trasunto de la juventud y de las gracias.

Los rayos amortiguados de la luz herian débilmente aquella figura elegante, produciendo relumbrones en sus placas y bordaduras á los mas leves movimientos de la misma, si tales pudieran llamarse su respiracion vigorosa y pura, el ligero pestañeo de sus ojos y la flexible ondulacion de su talle cuando se inclinaba sobre el enfermo.

—¿Dónde estoy? exclamó éste, con voz doliente y desfallecida.

Y como al propio tiempo reparase en su jóven escudero, hizo un esfuerzo como para incorporarse, que se apresuró á impedir el jóven, diciendo:

—Su señoría esta en su casa, y vela á su lado la fidelidad de su siervo.

—Gracias, Osirido, contestó el marqués; nunca pude dudar de tí; pero estoy mal, y debes temer por mi vida; he tenido un mal percance, amigo mio, y par diez que si librara bien de él... pero no, no es posible... todo se perderá... habrá sido un sueño... sí, tal vez si me equivoco... el secreto perecerá conmigo, y permanecerá siempre... siempre... oculto.

Era tal la debilidad del marqués, que se desmayó de nuevo, sus ojos tornaron á cerrarse, su lengua articulaba con pena conceptos incoherentes y volvía el deliquio á insinuarse.

Osirido, impresionado por aquellas palabras, inclinóse sobre él enfermo, de cuyo pecho se exhalaba una respiracion fatigosa, como de quien está bajo la pre-

sion de una pesadilla cruel: su vista anhelante seguía con marcada solicitud los menores accidentes, y aun notábase en toda su humanidad cierta inquietud mezclada de ternura.

Desasosegado, inquieto, como si obedeciese á una consigna, parecia esperar un momento oportuno ó un síntoma previsto en fuerza de cuidado: adelantó por el fondo de la pieza, observó una clépsidra que habia colocada sobre un mueble, y volvió á su punto de vigilancia, diciendo para sí con marcada impaciencia:

—¡La una de la noche!... cuánto tarda!...

IV.

EL MAGO Y EL SUEÑO.

A poco apareció un anciano ricamente vestido de una hopalanda inconsútil, de color violado, ceñida á la cintura por medio de un cingulo blanco con borlas de oro y cuya fimbria galoneada de lo mismo arrastraba por el suelo sus profusos pliegues, mientras que su hermosa cabeza, de la cual se desprendia una aseada cabellera blanca, aparecia cubierta por un birrete cónico de forma piramidal, sembrado de pedrería.

Adelantaba lentamente su mesurado paso por el fondo de la penumbra como una vision sobrenatural aquella venerable figura, á la cual la dudosa claridad de la cámara parecia rodear de una aureola fantástica.

Aproximóse al lecho y cambió con el page cierta señal de inteligencia.

Luego hizo aspirar al marqués un pomito de esencias; y don Enrique abrió los ojos, fijándolos por un momento en el recién venido.

—¡Al fin venís! exclamó con acento expansivo, en cuanto lo permitia su estado.

—Vengo al fin, repuso el anciano, á dar la salud á vuestra señoría.

É hizo apurar una pocion que traia preparada en un frasco.

Despues el page desabotonó la ropilla interior del marqués y desató los vendajes de sus heridas, mientras que el aparecido le iba ungiendo estas y todas sus articulaciones y miembros lastimados, especialmente la cabeza, de la cual continuaba fluyendo sangre.

—Acordaos, le dijo el marqués, que me teneis ofrecido salvar la vida, de la cual me desahucian mis médicos.

El anciano se inclinó, diciendo:

—La vida, de vuestra señoría está asegurada por ahora, siempre que os sometais al plan metódico que se os prescriba. Vuestro escudero os administrará este elixir, y estad seguro de que sanareis.

Y dejó sobre un mueble otro frasco lleno de un licor rubicundo y trasparente, desapareciendo sin saber por donde.

—Está visto, murmuró para sí el infante, que tratan aquí de poner á prueba mi fé y mis brios en fuerza de misterios, y por cierto que ignoran con quién se las van á haber, si es que llevo á recobrar la salud y el juicio. Como quiera que sea, siempre me ha gustado ir en busca de lo maravilloso, y vive Dios que ninguna empresa ni imposible me arredran... ¡Ah! os juro que nos conoceremos, señor brujo, y podremos medir un dia la inmensa distancia que separa la ciencia de la superchería!

La voz del marqués era ya sonora y poderosa, lo cual, á su pesar, daba una prueba evidente de la eficacia del filtro que un momento antes le administrara el anciano: sentia germinar y desarrollarse sus fuerzas y vigorizarse gradualmente aquella humanidad postrada por el dolor y el letargo.

El anciano debió acaso percibir las últimas palabras

del infante, pues oyóse al lejos una carcajada burlesca, de la cual pudo apercibirse el paciente mismo, cuyo rostro pareció contraerse visiblemente con una espresion indefinible.

—¡Qué sueño! exclamó, incorporándose de pronto y pasándose la mano por su frente calenturienta, en medio de la exaltacion del delirio, trasfigurado el semblante y sublimadas sus facciones por una inspiracion suprema; en verdad, que despues de haber leido en los astros mi destino, el mas grande y privilegiado entre los mortales, faltábame sólo ser testigo del acontecimiento mas estraño que acaso registren los anales del mundo y de la magia: hé asistido á mis funerales, nada pomposos por cierto; he asistido á mi descomposicion cadavérica con todo el horror y repugnancia del caso, y al entrar en el juicio de mis postimerías, héme aquí resucitado en carne y hueso, restituído de nuevo á la vida de este planeta infimo, despues de haber escalado los cielos errando de estrella en estrella y visitando todas las estaciones planetarias del sistema solar de que formamos parte... ¡oh! esto es magnífico!

Volvia, como se ve por este monólogo, la alternativa del delirio que reemplazara á los momentos lúcidos, en la imaginacion del marqués, presa de la debilidad y del narcótico.

En vano el page, en cuyo semblante pudiérase notar cierta espresion de amargura, se inclinaba solícito sobre el marqués, administrándole á menudo dosis del licor del frasco y haciéndole aspirar el pomito de esencias: lo único que conseguía era que el paciente abriese los ojos, para volver á caer de nuevo en su habitual letargo alternado de pesadillas y ensueños.

(Se continuará.)

JOSÉ PASTOR DE LA ROCA (1).

(1) En el número anterior se puso equivocadamente el nombre de don F. de Zulueta, al pie de esta leyenda, cuyo autor es el antiguo y apreciable colaborador de EL MUSEO, que hoy suscribe la continuacion de la misma.

SOLUCIÓN DEL GEROGLIFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

La mentira es el parapeto del género humano.



AVISO.

Segun las condiciones establecidas, con el presente número se remite el tomo quinto de la *Santa Biblia* á los suscritores que optaron por esta obra; como igualmente se remite á los que optaron por el *Nuevo Viajero Universal*, el tomo quinto.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPAR.
IMPRESA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCIPE. 4.